

miseria en la vida, la lucha con la sociedad, para que no descansen nunca y estén sus almas como desgarradas por las penalidades y por los dolores de un eterno parto. El fin de Hutten fué tan triste como su vida. Errante por Suiza, sin fortuna, sin patria, sin familia, sin hogar, llamó á la puerta de un amigo amado, á la puerta de Erasmo, el cual no quiso recibirle, diciendo con cínica crueldad, castigada eternamente por la historia, que el infeliz iba buscando tan solo, como perro hambriento, flaco y llagoso, un rincón donde morir. De Basilea pasó á Mulhouse; y de Mulhouse pasó á Zurich, donde llegara ya sin ánimo y sin fuerza. En la aldea de Uffnau murió á los treinta y cinco años de edad el héroe principal de la Reforma. Ningun viajero de consideración pasa por aquellos sitios sin atravesar la superficie del lago é ir á la risueña isla, donde al pié de los Alpes descansa el héroe inmortal de la Revolución religiosa. Muchas pasiones contrarias combatieron su alma; muchas ideas contradictorias reinaron en su inteligencia; extremó los ardores del combate; exageró las necesidades de la polémica; hizo mal en calumniar á estos, en exagerar los vicios de aquellos, en combatir con tanta rudeza muchas instituciones que acaso convenia salvar, en verter plomo derretido sobre los odios enconados entre Alemania é Italia; hizo mal en todas estas exageraciones; pero de sus vicios, de sus errores, de sus excesos, se exhala siempre una generosísima pasión, que engrandece y purifica toda su existencia, el amor mas activo, mas fecundo, mas desinteresado á la libertad.

Otro de los colaboradores de Lutero es el dulce Melanchton. Erasmo auxilió á Lutero, sin quererlo y sin saberlo, con sus críticas acerbas del monacato y de los monjes; Reuchlin auxilió á Lutero, indeliberadamente tambien, con sus estudios del griego que revelaban el Evangelio y con sus estudios del hebreo que revelaban la Biblia y con su guerra implacable á los dominicanos de Colonia; Hutten auxilió á Lutero con sus exaltaciones de corazón y con sus arrebatos de elocuencia y con sus llamamientos á las armas. Pero Erasmo, el literato de pulida forma, el erudito necesitado de tranquilidad, el consejero de los Emperadores y de los Papas, jamás quiso arriesgarse, por lo cual no provoca ni odios ni amores en la posteridad, á entrar en aquella titánica lucha luterana, la cual pedía de sus mantenedores un tributo de sangre, y de la sangre del alma; pero Reuchlin, el intérprete de las lenguas antiguas,



*Philip Melancthon*

el maestro pacífico de las lecciones diarias, el habitante de aquellos jardines alemanes cuyas umbrías recordaban por la multitud de ideas en ellas esparcidas los antiguos jardines de Florencia, nunca tuvo entusiasmo por Lutero, y nunca le perdonó que el ruido levantado por este en la cuestion de las Indulgencias ahogara el eco de sus propias polémicas: pero Hutten mismo, si al fin de su vida, entusiasta capitan de Lutero, al principio, espectador indiferente de sus primeros esfuerzos, tomándolos por baladronadas de fraile: quien le ama con verdadero y puro amor, quien le sigue á todas partes, quien modera sus ímpetus, quien aparece siempre á su lado como Julio Romano al lado de Rafael, como San Juan al lado de Jesucristo, es el amigo del corazón, el colaborador de toda su vida, el dulce Melancton, quien, tierno, delicado, sencillo, conciliador, amoroso, compasivo, incapaz de exaltaciones y de enfurecimientos, por lo mismo que posee naturaleza tan opuesta de todo en todo á la naturaleza de Lutero, la atrae y la absorbe, como para completarla y darle todas aquellas cualidades que le faltan en una especie de matrimonio indisoluble de sus almas. Estudiémoslo un momento.

Hijo de un armero, cuya habilidad consistia en dar mucha fuerza y empuje á las armaduras, en apariencia ligeras, y cincelarlas con verdadero arte, diríase que aprendió en las ocupaciones y trabajos paternos, á pulir y cincelar delicadamente el propio hermoso estilo. Así, daba ya lecciones de escribir literariamente á la tierna edad de catorce años y recibia en juventud bien temprana todos los grados académicos. Era de oír el gusto con que explicaba los versos de Virgilio; el esmero con que escribía el latin ciceroniano, siguiéndole en todas sus bellezas y quitándole todo su énfasis; el profundo sentido histórico y crítico con que escudriñaba las obras de Tito Livio; el arte inspirado con que resucitaba el genio de la antigüedad. Para comprender la naturaleza de aquellos tiempos y el mérito de este literato, no hay sino decir que, habiendo tomado todos los eruditos á Terencio por un autor en prosa, lo restableció él en verso, y puso en descubierto su métrica. Tanto crecia en importancia, cuando apenas contaba algunos años, que Reuchlin, dominado de antiguo por la soberbia y el orgullo, lo asoció á todos sus trabajos, y lo recibió, mas como un camarada que como un discípulo, en el seno de sus aulas. Seis años pasó en Tubinga, sin comprometerse, á pesar de lo